

trense de Batista, sentó, no sólo en los límites insulares de Cuba, sino en todo el Hemisferio, un precedente de inmensa importancia histórica y moral: la victoria de una fuerza popular civil sobre un ejército muy superior en número y equipos de guerra. Esta observación la expresó en reciente entrevista por televisión en Washington una joven norteamericana que acababa de regresar de Cuba. Al preguntársele qué consideraba ella lo más importante de la revolución, respondió: "El sentimiento de satisfacción que se advierte en el pueblo al verse capaz de realizar cosas por su propio esfuerzo, sin necesidad de poderes extraños que vengan en su auxilio..."

Y este sentimiento de mayoría de edad popular, raro en nuestros medios, debe ser entusiastamente estimulado y cultivado. Es natural y justo que el pueblo de Cuba te tribute su reconocimiento y que esté ansioso de demostrarte su gratitud. Pero no dejes que tu brillo lo deslumbre demasiado, no sea que su júbilo de libertad se desvíe por la tangente de la adoración personal. Es necesario que el pueblo comprenda que sin su concurso cerrado y apoyo moral y material tú no habrías podido hacer lo que hiciste. Que si tus columnas vencieron a las huestes mercenarias de Batista, fue porque detrás de esas columnas había una retaguardia popular cooperando, contribuyendo, padeciendo, alentando... entregada de corazón a un ideal y a una esperanza.

Sé bien que tú entiendes esto, Fidel, y que estás de acuerdo, porque más de una vez lo has dicho en público ahora después de la victoria. Sé también que tú serías el primero en rechazar que se te dijera: "¡Este es el hombre...! Pero conviene subrayarlo, no por tí, sino para recordatorio del propio pueblo. El sembrar hondo esta idea en una conciencia nacional mal acostumbrada a depender de providencialismos domésticos o foráneos, es el mayor bien que podemos hacerle a la Patria.

Espero que acojas estas ideas en el espíritu sincero y cordial que las anima. Responden a convicciones ya de muchos años, expuestas siempre sin esperar otra cosa que "la ingratitud probable de los hombres..."

En mi copioso archivo personal, entre muchas otras cosas que acaso en alguna oportunidad sean de interés público, hay dos documentos a los que concedo especial valor. Son dos cartas personales, una de Frank País, enviándome a México la representación oficial del Movimiento fuera de Cuba; la otra tuya, recibida en Nueva York desde la Sierra Maestra, en la que confirmas y amplías aquella representación. Ni la una ni la otra fueron solicitadas. Lo cual para mí acrecienta su honor. Ambas manifiestan, la tuya en particular, que (son tus palabras) "la razón que nos mueve a proponerte es la claridad con que has expresado siempre los puntos de vista que, al criterio de todos aquí, debe mantener el Movimiento 26 de Julio". La fecha, 30 de octubre de 1957.

Eso me basta, Fidel. Lo único que puedo decir es que yo cumplo mi parte. Esos puntos de vista que tú entonces conociste y aprobaste, añadiendo otras frases de elogio, son los mismos que ahora inspiran este recado. En mí no ha habido cambio. Abrigo la esperanza de que

tu propio pensamiento siga también siendo el mismo...

Con sincera admiración,  
**Mario Llerena.**  
Nueva York, 11 de enero de 1958

## "CREO EN TI, FIDEL..."

(Continuación)

y que la presión sanguínea es igualmente normal.

### Con los periodistas

El doctor Castro pidió a los periodistas que le acompañasen a un salón próximo al centro de socorro y entabló con ellos una conversación informal. Ya estaba a su lado el médico argentino y famoso líder guerrillero, comandante Ernesto Guevara. Tanto el doctor Castro como el "Che" Guevara, el doctor Luis Orlando Rodríguez, el capitán Felipe Guerra Matos y los periodistas y "cameramen" presentes estuvieron de acuerdo en que el acto del teniente China había sido una consecuencia lógica de la sustracción de las armas bajo su vigilancia en la base de San Antonio de los Baños. Atormentado por el hecho de no haber podido recuperar las armas y pensando quizá que las mismas serían utilizadas para encender nuevamente la guerra civil entre hermanos que ya habían logrado la paz mediante el derrocamiento de la tiranía, el teniente China creyó que el suicidio era la única salida que podía dar a su enojosa situación.

El teniente China continúa en grave estado en el Hospital Militar. Un médico del Ejército rebelde, cuyo nombre no pudimos obtener a causa de la confusión de los primeros momentos, declaró después que en la Sierra habían tenido casos semejantes y que había esperanzas de que se salvase.

### ¿Quién es China?

El teniente Aquiles China es el oficial que poniendo en peligro su propia vida lanzó su "jeep" contra el teniente coronel José María Salas Cañizares en el campo de operaciones cerca de Niquero, Oriente, con la intención de darle muerte. Salas Cañizares, muy conocido por el apodo de "Masacre", resultó gravemente herido. Se tiene entendido que logró huir del país a la vez que el tirano la madrugada de Año Nuevo.

Por este gesto de incomparable bravura, el teniente China fue detenido y golpeado brutalmente por los esbirros a sueldo de la tiranía y lanzado a un calabozo de Isla de Pinos. De allí salió el 1.º de enero, luego de la caída de Batista.

Devuelto a la libertad, se le ordena hacerse cargo de la base aérea de San Antonio de los Baños, de donde fueran sustraídas las armas.

### Declaraciones del Comandante en Jefe

Mucho después del fatal suceso, el doctor Fidel Castro hizo las siguientes declaraciones:

"No quiero ahondar en este doloroso accidente que ha puesto al borde de la muerte a un militar de honor. Duro es que una madre, esposa e hijos, después de finalizada la contienda civil, tengan que pasar por estos sufrimientos, cuando más seguro y salvo parecían tenerle en su hogar."

## "LILA, NO ME FALLES..."

(Continuación)

cualquiera, es una mujer de excepción. Y revive para el reportero aquellos instantes inolvidables de su vida.

"Me levanté en busca del jacket. Antes de hacerlo le dije, procurando no me temblara la voz: "A sus órdenes comandante".

Su egoísmo de mujer, de mujer enamorada, la urgía a evitar la inmolación pero su calidad revolucionaria, su disciplina, su sentido de la obediencia la impelían a cumplir la orden de su comandante que era a la par el hombre a quien más quería en el mundo.

Y tomó el jacket, metió la mano en el bolsillo y sacó las pastillas. Volvió a la mesa y las puso allí, al alcance de la mano de Orlando, a la vista de los esbirros que no habían hecho nada por impedir su movimiento, conscientes de que se trataba simplemente de tomar un analgésico para un vulgar dolor de cabeza.

Orlando se quitó el reloj y los espejuelos, los puso en la mano de la amada y dijo, como si hiciera testamento:

—Guárdalos tú.

Y ante los ojos de Angela, que era la única que sabía la verdad, la horrible verdad, se sirvió un vaso de agua y puso en la palma de su mano las pastillas blancas que contenían el veneno mortal.

Angela que se había decidido a morir con él, dijo quedamente:

—Déjame unas a mí.

Y con el mismo tono pero con firmeza en la voz, acostumbrada a mandar, él respondió:

—No, salva tú a Alberto.

Y como ella le mirara, presta a rebelarse, a morir de todos modos junto a él, le dijo otra vez:

—Es una orden, Lila. No me falles.

Ella no podía fallarle. Era una orden dura, la más dura que jamás recibiera. Pero había que cumplir. Y le vio tragarse las pastillas que era igual que si le viese darse un tiro en pleno corazón.

El puso su mano sobre la de ella, se fue poniendo pálido, se agitó un poco y la cabeza cayó a fin sobre el mantel. La mano que oprimía la muñeca de Angela era aún tibia pero Orlando estaba muerto. ¡Y ella lo sabía y no podía gritar, no podía llorar!

Fue entonces que uno de los esbirros se acercó al grupo:

—¿Qué es lo que pasa? ¿es que éste tiene miedo? ¿Se ha desmayado? Y como fuera a tocarle, Angela saltó como una leona herida:

—¡No toquen a ese hombre, no lo toquen! ¡No ven que está muerto, que se ha inmolado por la causa que defendía! Está muerto... muerto...!

Efectivamente estaba muerto. Y el esbirro, comprobándolo, dio un grito de alerta:

—¡Este hombre se ha matado!

### Un largo camino

Ya Angela no lo vio más. La llevaron al Buró y allí la mantuvieron días sometida a las más crueles torturas, las mayores vejaciones. La sacaron cuatro noches seguidas para darle "un paseito", la la amenazaron con cien muertes y la volvían a llevar a su calabozo.

Por allí pasó Medina, pasó Ventura que le dijo que quería hacer con ella "un negocio". El matón que sabía que todas las torturas habían sido inútiles se volvió diplomático y creyó que la podría comprar: le abrió la libreta de cheques y le dijo:

—Te doy lo que tú quieras si me dices dónde están las armas de Pinar del Río.

Pero Angela quería que la mata-

ran. Después de muerto Orlando, sólo pensaba en morir. Y respondió a las proposiciones del sanguinario coronel llamándole asesino, echándole en cara sus crímenes a ver si el otro, en un rapto de ira, descargaba sobre ella su pistola.

Pero no fue así. Angela siguió viviendo. Gracias a su entereza y a la forma heroica que resistió los golpes salvó a "Alberto" y a su mujer que fueron puestos en libertad pues tuvieron que creer lo que ella afirmaba: que eran inocentes y simples visitas de su casa.

La historia bien podía terminar aquí. Es la narración de cómo dos personas que se habían jurado amor y que se querían entrañablemente, supieron poner por encima de ese mismo amor, el que tenían a la libertad y a la causa de Cuba, aunque al hacerlo lo pagase uno con la vida, ella, con un sufrimiento tal que podía decir que le habían arrancado, de cuajo, el corazón.

Pero no podemos hacerlo. Lo que Angela nos contó después, serviría para llenar más páginas que las que hasta ahora hemos escrito. Como no tenemos espacio para ello, trataremos de sintetizarlo lo más posible.

Del Buró la mandaron a la prisión de Mantilla. Sus verdugos no quisieron entregarla al capitán Pan. toja porque aseguraban que se "pueriría en la cárcel" tales eran los cargos que pesaban sobre ella. Tres meses estuvo en Mantilla; allí tomó parte en la huelga de hambre de los presos políticos. La llevaron a Guanajay, de ahí a Emergencias y otra vez a Mantilla. Dora Rivas, abogada talentosa siempre en defensa de la verdad y la justicia, logró arrebatarla a sus captores y la sacó en libertad.

Para Angela comenzaba una nueva vida, una vida de acción constante en que cien veces buscó desesperadamente la muerte. Y se fue al frente occidental que reorganizaba en aquel entonces el comandante Escalona y el hoy comandante Claudio.

—Por mis manos —y se las mira como si a ella misma le pareciera mentira— pasaron armas, pertrechos, uniformes.

Después fue a las "lomas" a combatir por la libertad. Allí estuvo a punto de morir por la mala alimentación, por las cien privaciones sufridas. Pero se salvó porque una guajira abnegada, la señora de Arteaga, la cuidó toda una noche velándola como si se tratase de su hija.

### Más torturas

En otra ocasión en que había bajado "al llano" cayó presa en Artemisa. Y fue allí —dice ella— "donde supe lo que eran pecesitos de colores".

A la Villa Roja fueron a buscarla Carratalá y sus secuaces: Reyes, Villa, Miguelito. Le dieron palos y más palos; la desnudaron totalmente y la golpearon como salvajes. Cuando se desmayaba le echaban un poco de agua y volvían a empezar.

—Mire, présteme su mano, dice Lila y lleva la diestra del periodista a su cabeza.

Allí, bajo el negro de su pelo, en el cráneo, se notan al tacto protuberancias que fueron producidas por los golpes que los matones del nefasto Carratalá le proporcionaron a esta mujer que apenas les llegaba a la altura del pecho.